

**UNIVERSIDAD DEL CEMA
Buenos Aires
Argentina**

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Ciencia Política

**LAS IDENTIDADES NACIONALES
EN AMÉRICA LATINA Y EN EUROPA**

Carlos Escudé

**Septiembre 2009
Nro. 405**

ISBN 978-987-1062-46-1
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Copyright – UNIVERSIDAD DEL CEMA

www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding <jae@cema.edu.ar>

Escudé, Carlos

Las identidades nacionales en América Latina y en Europa. - 1a ed. - Buenos Aires :
Universidad del CEMA, 2009.

18 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1062-46-1

1. Ciudadanía. I. Título

CDD 323

Fecha de catalogación: 17/09/2009

Las identidades nacionales en América latina y en Europa*

Carlos Escudé**
Septiembre de 2009

Resumen

Cuando cayó Roma, su vasto imperio se segmentó en muchos sentidos, incluido el lingüístico. En las regiones romanizadas el latín vulgar evolucionó de manera diferente en cada parroquia, dando lugar a una multitud de lenguas vernáculas romances. En las regiones menos romanizadas renacieron las lenguas indígenas, también muy segmentadas. Esto cambió cuando, con la introducción de la imprenta de caracteres móviles, comenzó un proceso inverso de amalgama de dialectos vernáculos. Algunos se erigieron en lenguas literarias que eventualmente reemplazaron al latín eclesiástico. Así emergieron unas protonacionalidades lingüísticas que fueron la base a partir de la que eventualmente surgieron las identidades nacionales europeas. La mayor parte de las “naciones” tuvieron su propia lengua, y esto determinó la obsesión étnica de los nacionalismos europeos, frecuentemente violenta.

Los contrastes y paralelos con el caso latinoamericano son interesantes. Las nacionalidades de Iberoamérica también emergieron del colapso imperial: el de los imperios español y portugués. Pero cuando se produjo ese cambio, la imprenta de caracteres móviles ya estaba instalada, dando estabilidad a la lengua. Construir “nacionalidades” en ese contexto, siguiendo el moderno modelo europeo del estado-nación, fue mucho más difícil. Por largo tiempo existió una proto-nacionalidad pan-hispanoamericana, de fuerte arraigo en tanto se enfrentaba a un “otro absoluto”: los indígenas que rodeaban a sus ciudades, configurando un océano heterogéneo de culturas opuestas a la hispana, desde California hasta la Tierra del Fuego.

Durante ese período, los estados hispanoamericanos incipientes compartieron próceres. Los padres fundadores fueron intercambiables. Y mientras en Europa la caída del Imperio implicó la interrupción de la latinización, el hecho de que la imprenta ya estuviera instalada cuando los imperios ibéricos se retiraron de América significó la continuación y reforzamiento de la latinización. La América hispana se convirtió así en la región lingüística contigua más extensa del planeta. Eventualmente los estados incipientes pudieron construir diferencias suficientemente significativas como para que sus habitantes sintieran que albergaban identidades diferenciadas de las de sus vecinos contiguos. Pero la obsesión étnica de los europeos permaneció ausente. Hipotéticamente, ésta habrá sido una de las varias razones por las que hubo menos guerras interestatales intensas en América latina que en Europa.

* Conferencia impartida en lengua inglesa en el simposio “Europe and Latin America: Looking at Each Other?”, organizado conjuntamente por el Polish Institute of International Affairs y el Andrzej Frycz Modrzewski Kraców University College, Varsovia y Cracovia, 2-6 de julio de 2009. En lengua castellana se presentó en el simposio “Thinking Globally About the Future”, organizado conjuntamente por CEIEG (UCEMA) y el Orfalea Center de la Universidad de California (Santa Bárbara), 20-21 de agosto de 2009. Los puntos de vista son personales y no representan necesariamente los de la Universidad del CEMA.

** Investigador Principal del CONICET y director del CEIEG (UCEMA)

Las contrastantes raíces históricas de las identidades europeas y latinoamericanas

Si hemos de comparar el sentido de identidad nacional de los europeos y los latinoamericanos, debemos comenzar por echar un vistazo a los procesos de formación estatal en ambas regiones.

Siguiendo a Anderson (1983), en Europa los estados-naciones emergieron de las proto-nacionalidades lingüísticas engendradas por la amalgama de lenguas vernáculas, que a su vez fue producida por la introducción de la imprenta de caracteres móviles. El proceso a través del cual algunas lenguas vernáculas adquirieron el status de lenguas literarias fue, en cierta medida, azaroso: el capitalismo de prensa surgió en algunas ciudades y no en otras. Las ciudades con imprentas comercialmente exitosas se convirtieron en sedes de lenguas literarias. Y las lenguas literarias adquirieron el poder de amalgamar lenguas vernáculas que eran afines en su forma escrita, aunque en su forma oral pudieran no ser comprensibles para sus respectivos hablantes. Las gentes que podían comprenderse mutuamente a través de material impreso cobraron consciencia de lo que compartían, y de que eran diferentes de otras gentes cuyas lenguas no comprendían, ni siquiera en su versión escrita.

Este fue el origen remoto de la consciencia nacional en Europa. Nada podría estar más lejos del proceso por el cual surgieron las consciencias nacionales en la América española, donde la lengua no es un elemento de diferenciación entre nacionalidades y estados. Sin embargo, si nos retrotraemos un poco más en la historia, encontraremos características comunes entre ambas regiones que no se perciben a primera vista.

Por cierto, si nos limitamos a lo que antiguamente fue la Europa romanizada, la imprenta de caracteres móviles amalgamó lenguas vernáculas afines entre sí que habían emergido de la evolución lugareña de la lengua latina, en el escenario política, comercial y culturalmente fragmentado del sistema feudal que siguió al colapso del Imperio. De tal modo, a lo largo de la Europa romanizada encontramos un proceso de dos fases:

- 1) Con la caída de Roma, una gradual pero creciente fragmentación lingüística, y
- 2) Con el advenimiento de la imprenta de caracteres móviles, un proceso inverso de amalgama parcial a través de nuevas líneas de afinidad lingüística.

En otras palabras, originalmente en la Europa latina el colapso del Imperio generó segmentación lingüística. Pero en América latina, el colapso del Imperio no produjo tal cosa por la razón obvia de que la imprenta había sido inventada mucho antes y estaba activa en las capitales de la región, produciendo libros, revistas y diarios que estabilizaban la lengua.

Más aún, cuando cayó Roma la romanización lingüística de vastas regiones europeas estaba más avanzada que la latinización de la América ibérica cuando Napoleón creó las precondiciones para su independencia. Pero tal fue el poder de la imprenta que, en Iberoamérica, la latinización continuó con fuerza después de la caída del Imperio, justo lo opuesto de lo ocurrido en Europa. Y contrariamente a lo ocurrido en las provincias romanas que no estaban completamente romanizadas, como Germania y Bretaña, en Iberoamérica la caída del Imperio no condujo a un renacimiento de lenguas indígenas.

Por cierto, con la interesante excepción de Bolivia, los estados nacidos a principios del siglo XIX continuaron con las tareas lingüísticas y religiosas que habían sido iniciadas por sus metrópolis en el siglo XVI. Las élites locales que alentaban la independencia estaban completamente hispanizadas y lusitanizadas. Residían en ciudades que abarcaban desde México hasta Buenos Aires, que eran como “islas rodeadas por un océano indígena” (Halperin Donghi, 1969). Ese océano indígena heterogéneo no estaba de modo alguno latinizado, y hasta que la Conquista se hubo completado sus diversos pueblos seguirían siendo el “otro-absoluto” para los habitantes urbanos latinizados. Esta última etapa de la Conquista no fue protagonizada por los conquistadores originales, sino por los nuevos estados independientes.

Mientras esta tarea permaneció incompleta, nada hubo más importante que lo que las islas urbanas hispanizadas tenían en común, al punto que una persona de Bogotá era un forastero pero no un extranjero en Lima. En la América hispana, los padres fundadores era intercambiables. El caraqueño Andrés Bello fue el originador de la primera política exterior de Chile, y hoy el instituto formador de los diplomáticos chilenos lleva su nombre. Manuel Blanco Encalada, el primer presidente de Chile, era porteño. Cornelio Saavedra, el presidente de la Primera Junta porteña, era lo que hoy llamaríamos un boliviano. Ignacio Álvarez Thomas, nacido en Arequipa, fue Director Supremo Interino en Buenos Aires (1815-16) pero murió como ciudadano peruano. Y durante sus exilios, los futuros presidentes argentinos Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre fueron funcionarios públicos en Chile y Bolivia (Cisneros y Escudé, 1998-2003: Vol. 1).

Estos ejemplos no son muy diferentes del caso del íbero Trajano como emperador romano. Había nacido en Sevilla, en una localidad que entonces se llamaba Itálica. En muchos sentidos, el Imperio romano fue a la Europa latina lo que los imperios ibéricos fueron a la América latina. La diferencia más importante, relacionada con lo que Wallerstein llama “tiempo-mundial”, yace en la ausencia de un artefacto tecnológico como la imprenta de caracteres móviles cuando cayó Roma, que en la América ibérica impidió la fragmentación de las lenguas europeas importadas con la Conquista. En términos de lo que estas sociedades comparten entre sí, la América latina parece ser lo que la Europa latina hubiera sido si la imprenta hubiera estado disponible cuando colapsó el Imperio romano.

Esto es de la mayor importancia si hemos de comprender a Iberoamérica. La debilidad relativa de una consciencia nacional entre sus sociedades individuales parece asociada causalmente a la fuerza relativa de lo que es compartido por las sociedades latinoamericanas, un factor que es aún más fuerte cuando limitamos nuestro análisis a la América española. Vice-versa, la fuerza relativa de la consciencia nacional en cada estado europeo individual parece causalmente asociada a la debilidad relativa de los vínculos comunes que unen a las sociedades europeas. Y el origen de las diferencias yace, por lo menos en parte, en la segmentación lingüística europea frente a la afinidad lingüística iberoamericana y la unidad lingüística hispanoamericana.

Por cierto, un chileno y un madrileño se entienden casi como si pertenecieran a la misma sociedad, pero lo mismo no ocurre entre un castellano y un aldeano catalán, que pertenecen a un mismo Estado. Entre Tijuana, en el norte de México, y nuestra Ushuaia, hay 10.776 km. de territorio contiguo donde se habla castellano. En cambio, los apenas 505 km. que separan a Madrid de Barcelona han sido suficientes para la erección de una barrera lingüística significativa. Y la distancia entre mundos tan diferentes como los de Moscú y Washington DC es de apenas 7827 km., cifra bastante inferior a los 10.055 km. que separan a Ciudad Juárez, en el estado mexicano de Chihuahua, de Punta Arenas, puerto chileno en el Estrecho de Magallanes.

Estos datos duros son el producto de un patrimonio cultural compartido que no tiene paralelos para una región contigua tan extensa. Originalmente abarcaba mucho más que el idioma, incluyendo religión, estructura social, literatura, arquitectura y estilo de vida. Frente a las fuerzas centrífugas de orden político y económico que impidieron que Hispanoamérica continuara políticamente unida una vez que el yugo imperial fue destruido por Bonaparte, estos elementos en común hicieron aún más difícil la empresa de construir naciones en los estados incipientes.

En verdad, en la América latina el "otro" no era del todo un otro, y por ello el ser no era del todo el ser. Por este motivo, la imposición de tributos y la leva de hombres carecía de la legitimidad que frecuentemente adquiere cuando está de por medio un fuerte sentido de identidad nacional. Y es por eso que, en la ausencia de la lengua como fuente de diferenciación, otros elementos fueron enfatizados por los nuevos estados para consolidar la percepción de otredad sin la cual, como observara Barth (1969), no puede haber una verdadera consciencia de uno mismo.

En suma, en la América hispana la lengua no se segmentó y no se convirtió en fuente de diferenciación porque la imprenta de caracteres móviles ya estaba instalada cuando el Imperio Español colapsó. Por cierto, tanto el carácter intercambiable de los padres fundadores de Hispanoamérica (que se prolongó aproximadamente entre 1810 y 1860), como la singularísima contigüidad lingüística de la región, apuntalan la frecuentemente resistida hipótesis de Benedict Anderson acerca de la relevancia del

capitalismo de prensa para la gestación de proto-nacionalidades lingüísticas y otros fenómenos asociados.

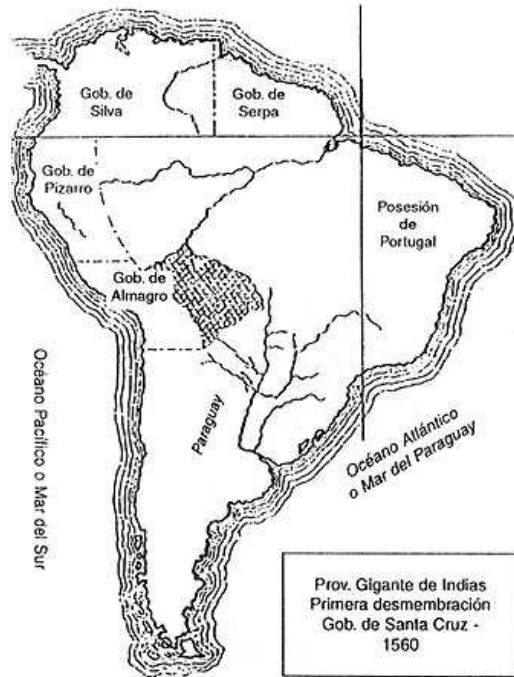
Mitos asociados a las identidades latinoamericanas

Pero a pesar de compartir tantas cosas, divergentes intereses económicos y políticos condujeron a la fragmentación de este enorme territorio. Las élites locales sintieron que debían construirse estados-naciones, aún en la ausencia de la fuerte diferenciación lingüística y cultural que hacía menos artificiales a esas entidades en el contexto europeo. La construcción de nacionalidades requería la construcción de una nueva identidad específica para cada estado. No venía auxiliada por significativas diferencias étnicas o culturales preexistentes, como raza, religión o lenguaje. Fue un proceso de arriba hacia abajo, análogo a algunos fenómenos descritos por Gellner (1983). Las élites locales cuyos intereses políticos y económicos condujeron a la fragmentación del inmenso imperio usaron los incipientes sistemas educativos, el servicio militar, y otros medios, para construir diferencias artificiales entre un “nosotros” virtuoso” y un “otro” vicioso que generalmente hablaba “nuestra” lengua pero no obstante era inextricablemente foráneo.

Lo que hacía imperativa la construcción social de un “otro” malévolos era lo mucho que se compartía con ese “otro”, y esto fue en parte conseguido a través de la noción de que el país propio había perdido grandes territorios frente a vecinos ambiciosos e inmorales cuya misión en la historia parecía ser la de privar al propio país de su herencia legítima. Los mitos resultantes de pérdidas territoriales de Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela son extremadamente interesantes.

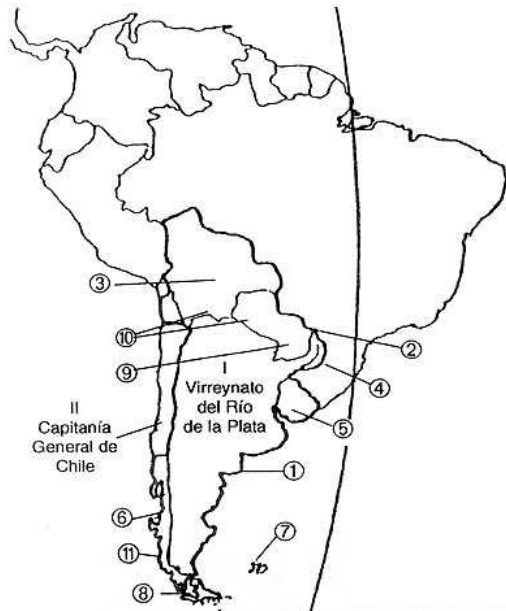
Los textos argentinos, chilenos, paraguayos y peruanos, por ejemplo, atribuyen a sus respectivas jurisdicciones coloniales y post-coloniales enormes territorios que se superponen casi totalmente. Muchos textos peruanos y paraguayos atribuyen toda la Tierra del Fuego y Patagonia (ambas costas incluidas) al territorio “original” que sus respectivos estados “debieron” haber heredado. Si consideramos que los textos chilenos lloran la pérdida de lo que es ahora la Patagonia argentina y la mitad de la Tierra del Fuego, y que los textos argentinos lamentan la presunta renuncia a la mitad chilena de ese archipiélago (y en algunos casos a toda la costa del Pacífico hasta el río Bío-Bío), comprobamos que hay cuatro países cuyos textos escolares lamentan la “pérdida” de una parte o la totalidad de esos territorios australes.

Por cierto, algunos textos paraguayos hablan de los “diez desmembramientos” a que su país fue sometido a lo largo de su historia: sostienen que en tiempos coloniales, su



"Pérdidas" territoriales peruanas

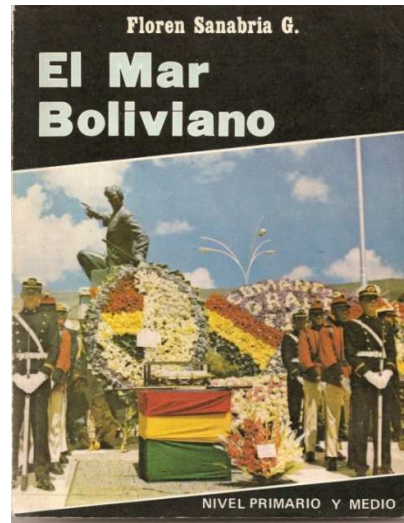
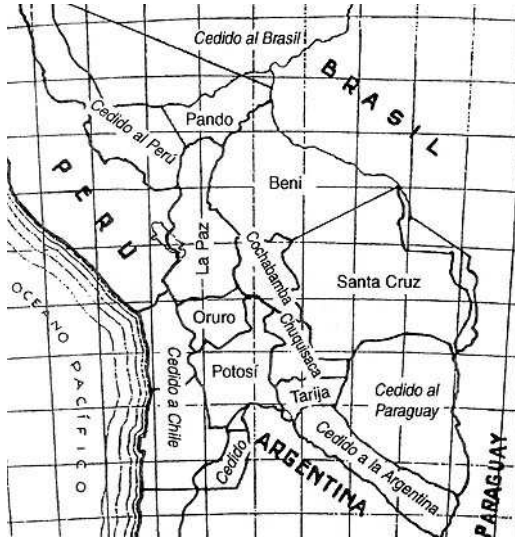
"Pérdidas" territoriales paraguayas



"Pérdidas" territoriales chilenas

"Pérdidas" territoriales argentinas

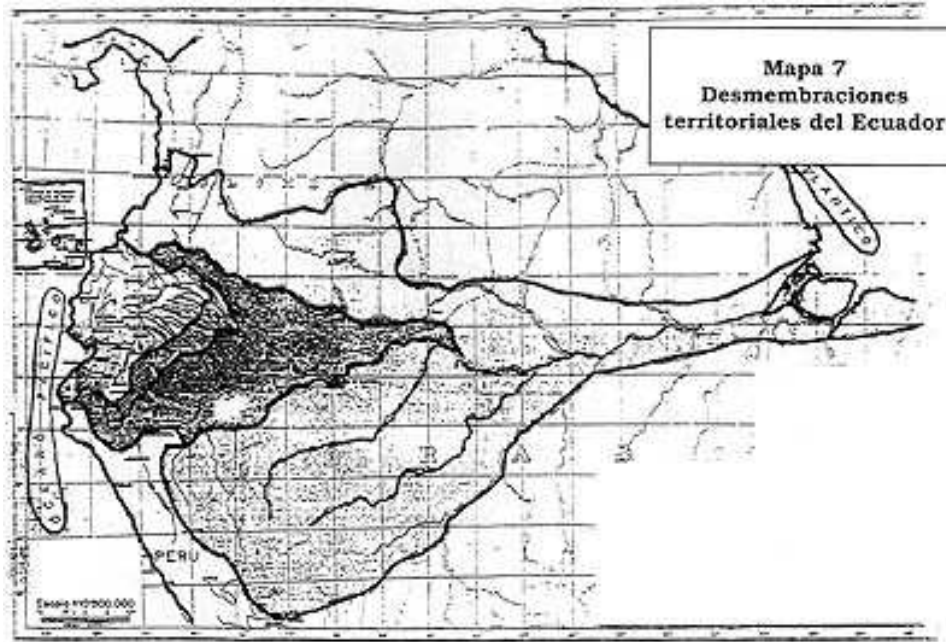
territorio estaba flanqueado por un océano conocido como “Mar del Paraguay” por lo menos con tanta frecuencia como era llamado Océano Atlántico, y que la jurisdicción en sí misma era conocida en castellano como “Provincia Gigante de Indias”. De la misma manera, en Bolivia hay textos secundarios oficiales con títulos como *El mar boliviano*.



“Pérdidas” territoriales bolivianas

Finalmente, los mapas escolares que representan la “Antigua Presidencia de Quito” proyectan la imagen de un Ecuador que, en tiempos coloniales, llegaba hasta el Océano Atlántico. Si todos los territorios supuestamente perdidos por los países hispano-hablantes se sumaran, obtendríamos una suma total equivalente al doble del territorio del subcontinente.¹

¹ Estos datos de investigación, limitados a los países hispanohablantes de la América del Sur, se presentaron por primera vez en C. Escudé 1992, y se reprodujeron posteriormente en 1998, en el Volumen 1 de A. Cisneros y C. Escudé, et al, *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*. Mapas históricos con límites similares a los que se describen arriba pueden encontrarse en numerosos textos sudamericanos a lo largo del siglo XX. Véase, por ejemplo. Emiliano Gómez Ríos, *El Paraguay y su Historia*, 1963; Armando Paiva, *Geografía de la República del Paraguay*, 1976; Atilio Sivirichi, *Historia del Perú*, 1939; José Antonio del Busto Duthurburu, *Historia del Perú*, 1964; Gustavo Pons Muzzo, *Las Fronteras del Perú*, varias ediciones; Luis Aníbal Mendoza García, *Derecho Territorial Ecuatoriano*, c. 1982; Pedro Cunhil Grau, *Geografía de Chile*, 1977; Alfredo Ayala Z., *Geografía Política de Bolivia*, 1941; Florean Sanabria G., *El Mar Boliviano*, 1988; Levi Marrero, *Venezuela y sus Recursos*, 1963; Mauricio Schurmann Pacheco, *Historia del Uruguay en los Siglos XIX y XX*, 1977, etc. No siempre hay coherencia en la manera en que diversos textos de un país describen los supuestos límites históricos de sus territorios. No obstante, más allá de diferencias de algunos miles de kilómetros cuadrados entre los diferentes autores, todos estos países proyectan mitos de pérdidas territoriales a través de sus textos escolares. A pesar de diferencias entre textos, los supuestos límites pasados de Perú, Paraguay, Argentina, Chile, Ecuador, Uruguay y Bolivia generalmente encierran territorios mucho más grandes que los actuales, mientras los de Venezuela muestran pérdidas más modestas. Colombia presenta una curiosa excepción, ya que en sus textos escolares no se registran mitos de pérdidas territoriales, a pesar



"Pérdidas" territoriales ecuatorianas

Las consecuencias políticas de estas percepciones se proyectan hasta la actualidad. La guerra de Malvinas de 1982 fue un conflicto en que un litigio vinculado al sentido argentino de identidad fue puesto en juego por un gobierno militar ansioso de recuperar apoyo público. De manera análoga, disputas territoriales dificultan crónicamente las relaciones entre Perú, Bolivia y Chile, habiendo conducido a la caída de un presidente boliviano reciente que intentó tener mejores relaciones comerciales con Santiago. El pragmatismo es considerado anti patriótico cuando implica concesiones en asuntos vinculados al sentido de identidad.²

Pero el fenómeno no se limita a estos mitos. En algunas sociedades hispanoamericanas la construcción de pérdidas imaginarias condujo a la construcción de soberanías imaginarias. Por cierto, hasta la firma del acuerdo de Brasilia entre Ecuador y Perú en 1998, la ley ecuatoriana exigía que, en sus mapas, se incluyera el emplazamiento de la

de la incuestionable pérdida de Panamá y a pesar de haber sido el centro de la Gran Colombia a la que Bolívar diera breve vida. La típica base histórica de los mitos de pérdidas territoriales sudamericanas se basa precisamente en este tipo de dato (por ejemplo, las presuntas pérdidas territoriales argentinas se basan en el tamaño del antiguo virreinato del Río de la Plata), así que su no explotación en el caso colombiano es particularmente interesante. Finalmente, debe observarse que aunque la construcción de una identidad para el Brasil lusohablante era mucho menos dificultosa, y aunque quizás como consecuencia, los mitos de pérdidas territoriales no ocupan un lugar importante en la cultura brasileña, incluso los brasileños lamentan la pérdida de su "Provincia Cisplatina", es decir, el Uruguay actual.

² Para el caso argentino, realicé un relevamiento de los contenidos nacionalistas de los textos escolares de geografía entre 1879 y 1986, y del contenido nacionalista de las doctrinas pedagógicas entre 1900 y 1950. Los resultados se publicaron en C. Escudé 1987, 1988, 1990 and 1992.



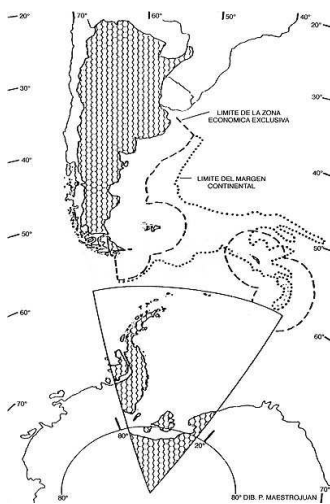
Tabloide popular limeño que refleja el impacto político contemporáneo de diferencias "nacionales" artificialmente construidas (*El Men*, 4 de enero de 2006)

peruana ciudad de Iquitos como parte de su territorio. Y Argentina y Chile continúan adoctrinando a sus niños con imágenes de sus países que incluyen un imperio austral imaginario que nunca será suyo. En los mapas con que estudian estos niños y en las cifras que están obligados a memorizar, ambos estados incluyen sus reivindicaciones en la Antártida, que se superponen entre sí y con las del Reino Unido.

En tal sentido, los dos gobiernos alientan a sus poblaciones a habitar un mundo de ficción. Mientras fuentes internacionales atribuyen a Argentina una superficie de 2.792.810 km², los textos de ese país, como también la página web de la Presidencia de la Nación Argentina, dicen que posee una superficie de 3.761.274 km². En las palabras del sitio web presidencial, el territorio argentino se encuentra "en el continente americano, en el continente antártico y en las islas australes".³ Del mismo

³ Ver http://www.casarosada.gov.ar/index.php?Itemid=114&id=1297&option=com_content&task=view. El texto dice: "En el extremo Sur del continente americano se encuentra la República Argentina (...). Con una superficie de 3.761.274 Km², el territorio argentino posee un paisaje variado (...). Por su extensión -

modo, mientras el mundo atribuye a Chile 755.838 km², los textos chilenos y el sitio web oficial de su gobierno dicen que posee 2.006.096 km², “sin consideración de su mar territorial, su Zona Económica Exclusiva y la plataforma continental correspondiente”. El sitio web oficial describe a Chile como un “país tricontinental”, dado que ocupa territorio en América del Sur, Oceanía (por la isla de Pascua) y Antártida. “Chile es un país tricontinental” es un eslogan con que se adoctrina a sus niños de edad escolar.⁴



Territorios imaginarios de Argentina



Territorios imaginarios de Chile

Esta identidad territorial es reforzada a veces, pero no siempre, con altos gastos militares. Este fue el caso argentino antes de la caída de la última dictadura, y continuó siendo el de Chile. Según la Constitución chilena, el diez por ciento de las ganancias de la empresa nacional de cobre CODELCO debe usarse para la compra de equipos militares. Según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), a esto hay que sumar los 4900 millones de dólares que Chile gasta por año en sus fuerzas armadas (cifra de 2006). Brasil, Colombia y Venezuela gastan sumas igualmente desproporcionadas en sus corporaciones militares, restando recursos que podrían invertirse en su desarrollo económico-social.

que corresponde al Continente Americano; al Continente Antártico (incluyendo las Islas Orcadas del Sur) y las islas australes (Georgias del Sur y Sandwich del Sur)- ocupa el cuarto lugar entre los países americanos (después de Canadá, Estados Unidos de América y la República Federativa del Brasil) y el séptimo a nivel mundial.” (verificado por última vez en febrero de 2009).

⁴ Véase http://www.gobiernodechile.cl/canal_regional/geo_nacional_det.asp?id_geo=1. El texto en castellano, verificado por última vez en febrero de 2009, dice: “Chile, país tricontinental, asienta su territorio en América, Antártica y Oceanía. Se encuentra ubicado en la parte occidental y meridional de Sudamérica, prolongándose en el Continente Antártico y alcanzando a la Isla de Pascua en la Polinesia. (...)El Territorio Chileno Antártico comprende el área enmarcada por los meridianos 53º y 90º de longitud oeste y hasta el Polo, a los 90º de latitud sur. (...)La superficie de Chile americano, antártico e insular, es de 2.006.096 Km², sin considerar su mar territorial, la Zona Económica Exclusiva y la pertinente plataforma continental.”

Iberoamérica como zona de paz

No obstante, estos dineros normalmente no se usan para la guerra. Por cierto, en toda su historia, la Argentina y Chile jamás libraron un conflicto bélico, y la única guerra entre Argentina y Brasil tuvo lugar en 1825-28.⁵ Obsérvese que eso fue mucho antes de la unificación alemana e italiana, y que desde 1870 hasta el presente, dos vecinos contiguos como Francia y Alemania han librado tres guerras entre sí, dos de las cuales fueron las más destructivas de toda la historia humana. A diferencia de otras regiones del mundo, en Iberoamérica el poder militar parece más una fuente de autoestima nacional que un medio a ser usado contra otros estados. Tiende a ser uno de los instrumentos a través de los cuales se refuerzan identidades débiles.⁶

Por cierto, como lo han observado Centeno (2002) y Kacowicz (1998, 2005), pese a su reputación la América del Sur es una zona de paz sin paralelos en el mundo entero. No ha tenido lugar en ella ninguna conflagración interestatal que fuera siquiera comparable con las grandes guerras europeas. Durante los doscientos años de independencia iberoamericana, los estados europeos y norteamericanos han tenido cuatro veces más hombres bajo bandera y matado a docenas de millones más que los estados latinoamericanos. Aunque en términos intra-regionales la América del Norte ha sido más pacífica, exporta violencia en forma masiva. E internamente, la América del Sud jamás vivió conflictos comparables a la Guerra Civil Española, las limpiezas étnicas de la ex Yugoslavia, las matanzas de Pol Pot en Camboya o las masacres perpetradas en Ruanda por hutus y tutsis, ni qué hablar del Holocausto judío perpetrado por los nazis en Europa. Sin la menor intención apologética, debe observarse que los crueles crímenes de dictadores odiosos como Videla y Pinochet son casi nada al lado de las hazañas de sus pares en Europa, Asia y África en el s. XX.

La integración europea como inmunización contra la guerra intra-europea.

Por otra parte, digno es de notarse que en la América latina la ausencia de guerra interestatal masiva hizo menos urgente la integración regional. Por el contrario, en Europa las depravaciones de las grandes guerras generaron una poderosa motivación para la integración. Fue una motivación tan poderosa que emergió primero en los Estados Unidos al terminar la Segunda Guerra Mundial. Por cierto, no sólo la

⁵ Los textos escolares brasileños agregan otra guerra, que condujo al derrocamiento de Juan Manuel de Rosas, autocrático gobernador de la provincial de Buenos Aires, en 1852. Ésta tuvo lugar en el contexto de luchas civiles argentinas anteriores a la consolidación del estado. Los mini-estados argentinos de Entre Ríos y Corrientes establecieron una alianza con Brasil para librar la guerra contra el mini-estado argentino de Buenos Aires. Los textos argentinos no consideran que el episodio haya constituido una guerra interestatal, porque representaron la victoria de los sectores argentinos que estabilizaron al país. Los textos brasileños, por el contrario, no sólo consideran al episodio como una guerra entre su país y la Argentina, sino que también alardean que, en el día de la victoria, las tropas brasileñas marcharon triunfales por las calles de Buenos Aires. El hecho muestra hasta qué punto también en Brasil estos son asuntos vinculados al sentido de identidad.

⁶ Véase la ilustración del tabloide peruano *El Men*.

integración económica sino también la “unificación política de Europa” se convirtió en un objetivo oficial de Estados Unidos, públicamente endosado por secretarios de estado como John Foster Dulles, George Marshall y Dean Acheson. La unificación europea, que fue alentada por el gobierno norteamericano antes de que fuera considerada seriamente por políticos europeos en funciones, fue soñada para eliminar la posibilidad de que una tercera guerra mundial se desencadenara como consecuencia de las rivalidades europeas (Hogan 1982, Wexler 1983).

Los europeos se hicieron cargo del desafío a pesar de las formidables barreras culturales emergentes de su fuerte sentido de identidad nacional. El proyecto se consolidó gracias a sus éxitos económicos, pero también porque sirvió a otros intereses políticos: en algunos casos se convirtió en un *bypass* para los conflictos entre identidades sub-nacionales y nacionales; en otros, contribuyó a aumentar la autoestima nacional, anclándola en el un marco más grandioso (Fusi 2000, Llovera 2005, Diez Medrano and Gutiérrez 2001, Diez Medrano 2003, Jáuregui and Ruiz Moreno 2005, Kokosalakis and Psimmneos, 2005).

Muy pronto, las Comunidades Europeas se convirtieron en un modelo para los proyectos latinoamericanos de integración. Durante décadas, Europa, una región con menos cosas en común que Iberoamérica, portadora de una antigua historia de odios intra-regionales y violencia masiva, fue mucho más exitosa alcanzando la integración.

Esto no significa, sin embargo, que un sentido europeo de identidad reemplazara a las viejas identidades nacionales. Tal como fue demostrado por numerosos estudios empíricos, la cuestión del apoyo a la Unión Europea es diferente de la cuestión de una identidad supranacional europea.⁷ Aunque el apoyo a la UE es alto en la mayoría de sus miembros, sólo el 12,7% de los ciudadanos europeos se identifican firmemente con Europa (Fligstein 2008: 125).

El fracaso de la integración de identidades

Si la integración europea ha significado poco en materia de generación de una identidad supranacional, en ese y otros sentidos los esfuerzos latinoamericanos de integración han avanzado aún menos. La debilidad relativa de un sentido de identidad iberoamericano surge claramente cuando comparamos las respuestas de los latinoamericanos y los españoles a la pregunta: “¿Cuán afín se siente a la región latinoamericana?” Según el Latinobarómetro de 2003, un promedio del 52% de las muestras nacionales dijo sentir “mucho” o “alguna” afinidad a su propia región. A los efectos de comparar, en 2004 el Real Instituto El Cano de Madrid presentó la misma pregunta a la población española, encontrando que un 61% de los españoles sienten

⁷ Véase, entre otros, Inglehart, Rabier and Reif 1991; Gabel 1998; Hooghe y Marks 2001; Diez Medrano 2003; Citrin y Sides 2004; Hermann, Brewer y Rise 2004; Hoehn y Lancefield 2005, y Fligstein 2008.

“mucha” o “alguna” afinidad con América latina.⁸ En otras palabras, ¡los españoles dicen sentir más afinidad hacia América latina que los mismos latinoamericanos! Esto no sólo revela la existencia de rasgos culturales comunes, sino también la limitada afinidad que los ciudadanos de los diversos países latinoamericanos sienten con la región como tal.⁹

En conclusión, parece claro que ninguna de las dos regiones ha avanzado mucho en la generación de una identidad regional capaz de competir con las identidades nacionales. Y también es aparente que su progreso hacia la integración regional está condicionado por recorridos históricos muy diferentes.

Los estados hispanoamericanos fueron construidos trabajosamente a partir de lo que alguna vez fue una protonacionalidad pan-hispanoamericana. El único estado lusoamericano, Brasil, también emergió de un imperio ibérico, habiendo sido parte de la misma unidad dinástico-política que los hispanoamericanos durante los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV de España. Aún en el caso brasileño, los orígenes comunes son importantes. Estos países compartían tantas cosas que, para hacer viables los estados individuales, lo que existía en común debía ser parcialmente destruido.

Pero gracias a la imprenta de caracteres móviles, no pudo ser totalmente destruido. Como consecuencia, emergieron estados débiles que, en comparación con otras regiones del mundo, raramente se hicieron la guerra entre sí. No obstante, la protonacionalidad original se extinguió, y bloques como MERCOSUR o UNASUR no están por devolverle la vida.

Algunos casos europeos

Europa representa contrastes interesantes. Entre la mayoría de sus estados no había casi nada en común. Éstos eran internamente fuertes. Podían cobrar tributos y movilizar hombres en una medida impensable en Iberoamérica (Tilly, 1975; Centeno, 2002). Eran enemigos acérrimos entre sí y, en términos generales, sus pueblos no reconocían un origen común.

⁸ J. Nova, “La imagen de América Latina en España”, documento de trabajo, Real Instituto El Cano, 12 de julio 2004.

(%)	Latin America (*)	Spain
Very much akin	23	29
Somewhat akin	28	32
Little affinity	24	18
No affinity	12	16
Does not know/does not answer	11	5
	100	100

(*) Media para los 17 países latinoamericanos en los que se llevó a cabo la medición de *Latinobarómetro* 2003.

⁹ A los efectos de evaluar esta extraña comparación, es interesante observar que, según la misma encuesta, cuando los españoles responden a la pregunta “desde su punto de vista como europeo, ¿con quién simpatiza más, con Estados Unidos o con América latina?”, tanto como el 58% responde que con América latina. *Ibidem*.

Por el contrario, sus trayectorias son muy complejas y claramente diferentes la una de la otra. En verdad, cada una fue singular al punto de que la mayoría tiene su propio idioma, originado localmente. Y con frecuencia, la diferenciación lingüística conduce a obsesiones étnicas que a veces conducen a guerras holocásticas, como en 1939-45.

Antes de ese episodio, las obsesiones étnicas ya habían recorrido los supuestos “estados-naciones” de Europa. En la Polonia de la década del ‘30, por ejemplo, un modelo étnico de nacionalidad tendió a excluir a los “otros significativos” que también poblaron los territorios polacos desde tiempos inmemoriales: judíos, alemanes, rusos, ucranianos, etc. (Romaniszyn, 2005). Este modelo (que combinaba la lengua polaca y la misa latina como síntesis de nacionalidad) chocó con la obsesión étnica simétrica pero incomparablemente más agresiva de la Alemania nazi. Junto con la Rusia soviética, Alemania fue responsable de la exterminación de aproximadamente un tercio de las élites educadas de Polonia, la mitad de las cuales era judía (Minkenberg, 2005).

Incluso en un país como Italia, que jamás albergó la agresividad étnica de Alemania, la etnicidad fragmenta las percepciones de identidad nacional hasta el día de hoy. Desde la unificación nacional, el “otro significativo” por excelencia había sido “el Sur”, es decir, un producto de su propio ser fragmentado. En este contexto, la Unión Europea es tanto un recurso para la identidad nacional como una fuerza centrífuga que pone nuevos niveles de gobernanza en manos de las regiones, esquivando la cuestión traumática del “estado-nación” (Triandafyllidou, 2005).

Finalmente, el caso español es intrigante y paradójico. “Madre patria” de las repúblicas hispanoamericanas, España fue la sede del primer imperio global de la historia y uno de los primeros estados consolidados de Europa. Adquirió su conformación territorial actual en el s. XV. Sin embargo, y a pesar de mitos tan antiguos como el de la Reconquista, las identidades colectivas se restringieron básicamente al nivel local hasta la invasión napoleónica y la Guerra de la Independencia contra los franceses.

Aunque entonces surgió cierto sentido de identidad nacional, ésta gradualmente quedó asociada con la derecha conservadora. Después de la muerte de Francisco Franco, el *españolismo* fue vilificado y antiguas tensiones regionales se volvieron más agudas, especialmente en las regiones vasca y catalana.

La admisión de España a las Comunidades Europeas en 1985, sin embargo, proveyó un atajo parcial al problema (Llobera 2004: 159-177). Quizás por este motivo, en el Eurobarómetro del otoño de 2000 España fue el estado europeo en que un mayor porcentaje de la población dijo sentirse “europea”. Por cierto, la Unión Europea podría convertirse en el antídoto español al síndrome separatista que, en tiempos recientes, ya condujo a la desaparición de dos estados europeos, Checoslovaquia y Yugoslavia. Bélgica es otro caso en que fuertes tensiones lingüísticas y culturales podrían ser

neutralizadas por la membresía en la UE. Si ese mecanismo no funcionara, la membresía en la UE podría lubricar el proceso separatista.

En América latina, sin el beneficio de un antídoto, Bolivia presenta curiosas analogías con estos cuatro casos. Por cierto, el surgimiento del *indigenismo*, que ha enfrentado a la paupérrima región andina con las comparativamente ricas tierras bajas, amenaza con quebrar al país en por lo menos dos estados. La nueva Constitución, sancionada en enero de 2009, intenta borrar medio milenio de hispanización reconociendo treinta y seis lenguas indígenas además del castellano. También establece un “pluralismo jurídico” que pone al derecho consuetudinario de varias culturas indígenas en un pie de igualdad con el derecho positivo del estado boliviano. Aunque hay tensiones étnicas similares en Ecuador y en el estado mexicano de Chiapas, estos fenómenos son comparativamente menores al lado de lo que transcurre en Bolivia actualmente.

¿Hemos de concluir que Bolivia es el más europeo de los estados latinoamericanos?

¡Cosas más extrañas han sido descubiertas por la ciencia!

Nada más, muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Junco, J, 2000, "Spain: A Product of Incomplete Nation-Building", en Hagendoorn, L et al (comps.), *European Nations and Nationalism: Theoretical and Historical Perspectives*, Ashgate, Aldershote.
- Anderson, B, 1983, *Imagined Communities*, Londres: Verso.
- Barth, F, 1969, *Ethnic Groups and Boundaries*, Long Grove, Ill.: Waveland.
- Brubaker, R y Cooper, F, 2000, "Beyond Identity", *Theory and Society*, 29(1): 1-47.
- Centeno, MA, 2002, *Blood and Debt – War and the Nation-State in Latin America*, University Park: Pennsylvania State University Press.
- Cisneros, A y Escudé, C, et al, 1998-2003, *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Buenos Aires: GEL (quince volúmenes).
- Citrin, J, y Sides, J, 2004, "Can there be a Europe without Europeans?", en R. Hermann, M. Brewer, y T. Risse (comps.), *Transnational Identities: Becoming Europeans in the EU*, Lanham, Md.: Rowman & Littlefield.
- Diez Medrano, J, 2003, *Framing Europe: Attitudes to European Integration in Germany, Spain, and the United Kingdom*, Princeton: Princeton University Press.
- y Gutiérrez, P, 2001, "Nested Identities: National and European Identity in Spain", *Ethnic and Racial* 24(5): 753-78.
- Escudé, C, 1987, *Patología del Nacionalismo: el Caso Argentino*, Buenos Aires: Ed. Tesis/Instituto Torcuato Di Tella.
- 1988, "Argentine Territorial Nationalism", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 20 (1), pp. 139-55.
- 1990, *El Fracaso del Proyecto Argentino: Educación e Ideología*, Buenos Aires: Ed. Tesis/Instituto Torcuato Di Tella.
- 1992(a), *La "Riconquista" Argentina: Scuola e Nazionalismo*, Fiesole, Italia: Edizioni Cultura della Pace.
- -1992(b), "Education, Political Culture and Foreign Policy: The Case of Argentina", Duke-UNC Working Papers Series, Nº 4, noviembre de 1992.
- Fligstein, N, 2008, *Euro-Clash – The EU, European Identity and the Future of Europe*, Oxford: Oxford University Press.
- Fusi, JP, 2000, *España: la evolución de la identidad nacional*, Temas de Hoy, Madrid.

- Gabel, M, 1998, *Interests and Integration*, Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Gellner, E, 1983, *Nations and Nationalism*, Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Halperin Donghi, T, 1969, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid.
- Hoehn, T y Lancefield, D, 2005, "Calculation, Community and Cues: Public Opinion on European Integration", *European Union Politics*, 6(4): 421-45.
- Hogan, MJ, 1982, "The Search for a 'Creative Peace': The United States, European Unity and the Origins of the Marshall Plan", *Diplomatic History*, Vol. 6(3): 267-85.
- Hooghe, L, y Marks, G, 2001, *Multilevel Governance and European Integration*, New York: Rowman & Little.
- Ichijo, A, y Spohn, W, comps., 2005, *Entangled Identities: Nations and Europe*, Aldershot, UK: Ashgate.
- Inglehart, RF, Rabier, J. y Reif, K, 1991, "The Evolution of Political Attitudes Towards European Integration", en K. Reif y R.F Inglehart (comps.), *Eurobarometer: The Dynamics of European Public Opinion*, Londres: Macmillan.
- Jáuregui, P y Ruiz-Jiménez, A, 2005, "A European Spain: The Recover of National Self-Esteem and International Prestige", en Ichijo, A, y Spohn, W, comps., *op.cit.*
- Kacowicz, AM, 1998, *Zones of Peace in the Third World: South America and West Africa in Comparative Perspective*, Albany: State University of New York Press.
- , 2005, *The Impact of Norms in International Society: The Latin American Experience, 1881-2001*, Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- Kokosalakis, N y Psimmenos, I, 2005, "Modern Greece: A Profile of a Strained Identity", en Ichijo, A, and Spohn, W, comps., *op.cit.*
- Llobera, JR, 2005, *Foundations of National Identity: From Catalonia To Europe*, Oxford UK: Berghahn Books.
- Michael Minkenberg, 2005, "Germany: from *Kulturnation* to Europeanization?", en Ichijo, A, y Spohn, W, comps., *op. cit.*
- Risse, T, 2005, "European Institutions and Identity Change: What Have We Learned?", in R. Hermann, M. Brewer, y T. Risse (comps.), *Identities in Europe and the Institutions of the European Union*, Lanham, Md.: Rowman & Littlefield.
- Romaniszyn, K, 2005, "Europe and the formation of the Polish state, nation and national identity", en Ichijo, A, y Spohn, W, comps., *op.cit.*

Small, M y Singer, JD, 1982, *Resort to Arms: International and Civil Wars, 1816-1980*, Beverly Hills: Sage.

Tilly, C 1975, "Reflections on the History of European State-Making," en C. Tilly (comp.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton NJ: Princeton University Press.

Triandafyllidou, A, 2005, "Italy and Europe: internal others and external challenges to national identity", en Ichijo, A, y Spohn, W, comps., *op.cit.*

Wexler, I, 1983, *The Marshall Plan Revisited: The European Recovery Program in Economic Perspective*, Santa Barbara, CA: Greenwood Press.